

**JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA
CONSAGRADA 2014**

**LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO EN LA
VIDA CONSAGRADA**

CRISIS Y ESPERANZAS

*Daniilo Luis Farneda Calgaro
Coordinador de Pastoral.
Atención Espiritual y Religiosa.
Málaga*

La vida consagrada ha estado históricamente ligada a las necesidades más diversas de la familia humana. A la luz del Evangelio, muchos fundadores y fundadoras supieron leer las llamadas del rostro sufriente de Cristo y desbordaron su amor a Dios en el amor al hermano necesitado.

Esta dinámica, repetida cientos de veces y pautada desde carismas particulares, dio lugar a una rica y admirable historia de compromiso humanitario. ¡Cuántas congregaciones de religiosas y religiosos volcadas al servicio de los enfermos, los encarcelados, los ignorantes, los pobres en sus más diversas formas y en los lugares más olvidados!

Queremos profundizar en el por qué de esta rica y plural realidad. Creemos que desde el “por qué” encontraremos el perfil específico de una vida consagrada que vive hoy una profunda crisis de identidad. Crisis que tiene uno de sus fundamentos en haber perdido la exclusividad en la “tarea”.

Es un hecho que el quehacer congregacional es cada día más compartido con seculares. Es más, éstos llevan muchas veces el mayor peso y esta tendencia no parece disminuir, sino que se afirma ante la falta de renovación vocacional en las instituciones de consagrados y consagradas.

Si lo que hacen los religiosos y religiosas puede ser asumido por seculares, ¿qué sentido tiene la vida consagrada? Para “hacer lo mismo”, afirman algunos, no hace falta ser consagrado o consagrada...

Nos sabemos ante un tema complejo y en plena evolución. Quizá de todo ello nacerá una nueva manera de

asumir la consagración religiosa y también el rol del laicado en la iglesia.

No nos proponemos alcanzar conclusiones, sino hacer un camino de aproximación. Volvamos a las fuentes, como nos invita el Concilio Vaticano II, y redescubramos razones originales que dan lugar a la vida consagrada.

Nos proponemos una mirada bíblica y nos centraremos en la vida consagrada comprometida en el campo de la salud.

En el Antiguo Testamento encontramos contraluces diversos. Especialmente en los Salmos y en el libro de Isaías, la imagen del enfermo que suplica a Dios ser librado de su mal conforma una constante. La súplica y la acción de gracias tienen un perfil de relación personal entre el enfermo y Dios (Conf.: Sal 6, 38, 39, 41, 88, 102, Isaías 38, 11-16).

En el libro de la Sabiduría, junto a la oración personal está la recomendación a acudir al médico porque es mediador de la acción divina. Este sentido “mediador” del médico nos da una pista en el tema que nos ocupa. (Conf.: Sab 7,20; Si 38 12-13).

No podemos dejar de lado la relación que se establece en el Antiguo Testamento entre enfermedad y pecado. Hay una trilogía de situaciones que aparece con frecuencia: al pecado le sigue la ira de Dios, la cual se manifiesta en la enfermedad. Esta secuencia, reiterada en diversos textos, marcará fuertemente la cultura religiosa del pueblo hebreo. (Núm 12, 9-10; 2 Crón 26, 16-20; Dt 28, 21-22. 27-29. 35; Dt 28, 35).

Sin embargo hay una historia que cuestiona esta tendencia. Es la biografía de Job, el hombre justo que enferma y no admite su enfermedad como castigo. El libro de Job estará marcado por esta búsqueda de razones y culmina con una actitud de total abandono en un Dios que es más Providencia que Juez.

Nuevamente estamos ante una actitud de relación muy personal entre Dios y el enfermo. La mediación no existe, es más... sus más íntimos lo abandonan porque lo consideran un pecador.

La misma actitud encontramos en relación con los leprosos, que eran separados de la comunidad por los

sacerdotes. El compromiso con la salud pasa por la expulsión del enfermo, en una medida profiláctica hacia la sociedad pero de discriminación y abandono hacia el enfermo. (Lev.Cap.13 y 14)

El Nuevo Testamento marcará un cambio radical y al principio de exclusión, Jesús responderá con la inclusión desde la misericordia.

En reiteradas ocasiones los evangelios nos muestran el corazón compasivo de Jesús que vuelve su mirada hacia el enfermo, se acerca, dialoga con él, lo toca, le da consejos, lo cura... (Mt 8, 2; Mc 1,40; Lc 5,12; Mc 1,42; Mt 14,14...)

Es tan fuerte esta actitud que San Mateo sintetiza la misión de Jesús afirmando que vino a predicar la Buena Noticia y a curar a los enfermos. (Mt 9,35).

Jesús es el modelo fundante de la vida consagrada y su estilo de vida ilumina radicalmente su razón de ser. Su compasión y misericordia hacia el pobre y enfermo, desde un estilo de vida en castidad, pobreza y obediencia, conforman el por qué más radical de la presencia de la vida consagrada en el campo de la salud.

Ciertamente todos los que intentamos seguir el modelo de vida propuesto por Jesús de Nazaret estamos llamados a dejarnos conmover por las necesidades de nuestros hermanos y comprometernos con ellos. Pero no todos lo hacemos de la misma manera.

El seglar lo hace normalmente desde la vida matrimonial. Y esta "primera opción" conforma un "estado de vida" que se convierte en criterio y filtro de su modo de vivir. El modo de vivir la misión del consagrado, en cambio, es esencialmente distinto: es a la manera de Jesús de Nazaret, casto, pobre y obediente.

Las traducciones prácticas de este enfoque son muchas y ameritan una reflexión más amplia que ahora no podemos abordar. Digamos simplemente que el consagrado asume una dimensión de exclusividad y disponibilidad que le hacen vivir su misión con un corazón indiviso y sin frontera alguna.

Como consecuencia, la vida consagrada es testimonio y profecía radical del amor a Dios y a los hermanos, vivido en comunidad.

Está claro que el quehacer en el campo de la salud puede ser desarrollado tanto por seculares como por consagrados. No existe ninguna "tarea" que nos diferencie, aunque existan algunas resistencias al respecto. (Aún hay quienes piensan que la pastoral, por ejemplo, es una cuestión de religiosas y no de seculares. Y esta visión suele ser más apoyada por seculares que por la misma vida consagrada.)

Necesitamos la complementariedad de estos dos MODOS ESENCIALES de vivir la misma misión: los seculares aportando el sentido de encarnación y compromiso que provienen de su estilo de vida; los consagrados, desde la radicalidad de un corazón sin fronteras que nos recuerda que "sólo Dios basta". No hay fronteras precisas ni excluyentes. Seculares y consagrados están llamados a vivir la radicalidad evangélica en el mundo desde su particular forma de vida.

Son muchos los teólogos que se alejan de aquella tradicional visión por la que el seglar se ocupaba de las cosas "del mundo" y los consagrados "de las del Reino". Como si los consagrados no fueran de este mundo o la construcción del Reino no fuera un compromiso para los seculares.

Integración, complementariedad... desde estilos de vida distintos, reviviendo el compromiso de Jesús de Nazaret con el enfermo a la manera de los fundadores y fundadoras.

Sin los seculares ya no son práctica ni eclesialmente viables la gran mayoría de obras nacidas en el seno de la vida consagrada. Entre ellas las obras Hospitalarias.

Sin la vida consagrada la tarea se seguiría haciendo pero faltaría esa tensión vivencial y radical hacia la utopía, perdiendo fuerza la razón evangélica por la cual surgieron.

Las formas de presencia de consagrados y seculares pueden ser diversas, pero no pueden faltar. Ambas son esenciales.

En este contexto se inserta el lento y prometedor camino de la misión compartida entre la vida seglar y vida consagrada Hospitalaria.
